

~Robert Bloch~

# MUNDO OSCURO



El sanatorio mental del doctor Griswold era un modelo de discreción en el tratamiento de sus acomodados pacientes, pero una noche el doctor y varios de sus ayudantes aparecen brutalmente asesinados... Cinco hombres han escapado, cinco mentes trastornadas capaces de las mayores atrocidades.

Karen Raymond se debate entre la obligación de colaborar con la policía y el amor y la lealtad hacia su marido, del que nada sabe desde hace seis meses, cuando, tras su regreso de Vietnam, ingresó voluntariamente en el sanatorio.

*Dedicada a ZANDER,  
quien probablemente  
nunca leerá este libro.*

## 1

El sol moría por occidente, y su sangre manchaba el cielo.

*Podía haber sido poeta, pensó. Escritor.* Pero hubiera representado despilfarrar terriblemente su talento. Porque la vida de un escritor es tan corta como la del papel en que se inscriben las palabras, o como la memoria de los lectores. El papel es quebradizo y pronto se convierte en polvo. Y los gusanos se comen los recuerdos.

*Pero ¿quién se come a los gusanos?*

El tiempo. El tiempo es el auténtico enemigo. El tiempo devora a los gusanos, consume el papel, apaga el sol. Y el tiempo se lo comía también a él, a pedazos, fragmento a fragmento, día tras día.

El tiempo lo roía por la noche, allí en su mísero cuartucho. Lo llamaban cuarto, mas en realidad era una celda. Una celda con las ventanas protegidas por alambre de espino a través de las cuales un hombre moribundo podía ver al espirante sol.

Le habían dicho que estaba allí por su propio bien, y que el cerrojo de la puerta era una protección contra los otros internados. Pero no podía protegerlo contra el tiempo que lo roía una noche tras otra, no dejándolo dormir. Tampoco podría protegerlo de sus protectores. Porque éstos disponían de llave.

A cualquier hora del día o de la noche podían entrar y acabar con él... llevarse lo que quedara cuando el tiempo

hubiera terminado su banquete. Le chupaban la sangre. Para hacer pruebas, decían. Pero ¿cómo podían esperar que creyera tal cosa? Sabía muy bien cómo eran aquellos seres que buscaban su sangre para seguir existiendo. Se habían quitado las capas y vestido trajes blancos y comían valiéndose de agujas y no de aguzados colmillos; pero, aun así, eran vampiros.

O peor que vampiros. Porque también le devoraban el cerebro. TEC. Terapia electroconvulsiva. El término científico para electro-shock, el amable eufemismo para amarrarle a uno y descargarle corrientes eléctricas en el cerebro hasta anularle la mente. Se apoderaron de él y lo metieron en una celda. Tomaron su sangre y la vaciaron en un tubo de ensayo. Ahora querían quitarle el cerebro e introducirlo en una máquina.

Pero no iba a servirles de nada. Recordaba muy bien el pasado. Y estaba en condiciones de planear su futuro. Noche tras noche, sin pegar ojo, allí en su celda, continuaba elucubrando planes sin cesar.

Sus planes eran una verdadera perfección, auténtica poesía. Mas nunca los hubiera puesto por escrito. *Instrucciones para ciegos. Rogamos las lean atentamente.* No debían tener conocimiento de lo que planeaba, ni sospecharlo siquiera. Lo tenía todo oculto en lugar bien secreto. El lugar más secreto del mundo es el cerebro humano.

Todo está bien guardado dentro del propio cerebro. Porque queda protegido por una cámara llamada «cara», y ésta responde siempre de la manera que ellos quieren. Sonríe al oír una broma, se tensa ante alguna visión desagradable, asume un aire respetuoso en presencia de la autoridad. La cara tiene una boca y ésta pronuncia las palabras que el médico desea. Pero no exhala ni un murmullo que pueda descubrir el plan. *Sí, doctor. Creo que he mejorado mucho. Empiezo a sentirme otra vez como cuando estaba sano.*

A nadie le gusta que le digan las cosas como son en realidad. Lo que quieren es oírlas como a ellos les gustaría que fueran. Un paciente modélico: tranquilo, cooperador, que muestre inequívocas señales de recuperación. Y la boca sabe cómo expresar, debidamente, todo ello.

Al obrar así, se ayuda a realizar el plan. El médico no lo sabe. La enfermera ni siquiera lo intuye. El ayudante ni se entera de nada. Con tal de que el rostro permanezca tranquilo y la boca pronuncie las palabras adecuadas, nadie se dará cuenta de lo que uno trama. La boca forma parte de la máscara, tras de la máscara hay un cerebro, y dentro del cerebro se esconde...

Dentro del cerebro se encuentra de todo. Si se le vuelca hacia abajo y se vacía su contenido como si se tratara de un macuto de soldado o un bolso de mujer, ¿qué pasa? Allí sale de todo.

Misticismo. *Mi horóscopo me aconseja no fiarme de la astrología.*

Ciencia. *La ornitología es sólo comida para los pajaritos.*

Literatura. *La pornografía reúne extrañas parejas en la cama.*

Filosofía. *Los actos son más explícitos que una palabra soez.*

Sabía muy bien lo que iba a decir el doctor. Se lo había oído infinidad de veces durante las visitas. «Usted se sirve de las palabras como si se tratara de un escudo. La obcecación es sólo un mecanismo de defensa. Habla para no tener que decir nada».

¿Qué esperaba de él?

Supongamos que le revelaba haber estado pensando en Jimmy Savo. Para el médico aquel nombre no significaría absolutamente nada.

Jimmy Savo. En el pasado había actuado como cómico en los teatros. Un hombre pequeñito que hacía pantomi-

mas que, según los críticos, recordaban a las de Charlot. Como aquélla que realizó en una película proyectada más tarde en la televisión. Jimmy Savo y su vieja rutina, interpretando la canción *Río, sigue tu curso y no entres en mi casa*.

Habría que explicárselo al médico. Y explicarle también por qué Jimmy Savo le recordaba a los más famosos criminales de la historia.

Porque los criminales son famosos, desde luego. Personas que no sabrían decirnos quién era el presidente de Francia hace cincuenta años, recuerdan perfectamente el nombre de Landru. ¿Quién está enterado de que Gilles de Retz cabalgó junto a Juana de Arco? Pero nadie ha olvidado, sin embargo, quién fue Barba Azul. Y mucha gente sigue todavía intrigada, preguntándose quién fue en realidad el «Asesino del Torso Desnudo de Cleveland». No hace mucho tiempo, los periódicos publicaban extensos comentarios sobre la teoría de si Jack el Destripador había pertenecido a la nobleza británica.

Sin duda alguna fue así. Porque en un mundo de víctimas, los asesinos forman la verdadera aristocracia. Ésta es la gran lección de la Historia: los auténticos héroes actúan en consonancia con la muerte. El león, y no el cordero, es el rey de los animales. Y, a mi modo de ver, la verdadera canción que Jimmy Savo entonaba era ésta: *Destripador, sigue tu curso y no molestes a mi fulana*.

Pero eso no se le puede decir al médico. Al sanador abnegado, que proclama su amor hacia la humanidad. Todos y cada uno de nosotros somos, desde luego, amantes del prójimo. Sin embargo, solemos olvidar que el hombre mata aquello que más ama. El cobarde, soltando una bomba desde un avión que vuela a ocho mil metros de altura. El valiente utiliza un cuchillo a escasos centímetros de su víctima.

Escucha bien, doctor. Y oídllo vosotros también, reyes, emperadores, presidentes, almirantes, generales y altos mandos. Escuchad estas palabras jamás pronunciadas:

«No mataré porque me mandéis matar; porque me déis un uniforme, un arma y un mando. Sería una iniquidad.

«No mataré por culpa de algo que ocurrió entre yo y mi madre, mi padre, mi hermana, mi hermano o mi esposa. Sería cosa de Freud y éste es también un fraude.

«Mataré porque soy un valiente. Y un valiente es siempre fiel a sí mismo.

«El hombre es libre por naturaleza y se resiste a toda pérdida de libertad. El hombre se opone, por naturaleza, a la hipocresía y a la injusticia. Voy a matar en nombre de la humanidad entera... de los seres humanos confinados hipócrita e injustamente en manicomios, cárceles, hospitales y asilos. Mataré en nombre de todos cuantos han sido castigados por su valentía al enfrentarse abiertamente a la sociedad. En nombre de quienes se han visto etiquetados como inútiles o como inadaptados. En nombre de los hijos ilegítimos confinados a un orfanato, y de los millones que mueren en el abandono y el olvido de las instituciones, por el solo delito de haberse hecho viejos.

«Creo en los principios de la democracia. Cada hombre un voto. Y el mío es un voto de protesta, un voto que dejará su huella; que será recordado. Los grandes asesinos son siempre personajes famosos.

«¿Que es hablar por hablar? ¡Pero si no he dicho una palabra a nadie! Ni siquiera quienes más van a ayudarme saben nada de mi plan, ni tienen la más remota idea de lo que pienso hacer ni del papel que van a representar en la ejecución de mi proyecto».

Ejecución. Ésa es la auténtica palabra.

La auténtica palabra.

Y ahora, conforme cae la noche, las palabras van a convertirse en hechos.

Miró hacia el sol que moría en su ocaso y pensó en aquéllos que iban a morir también muy pronto.

Muy pronto.

## 2

Después de comer, Karen regresó a su despacho.

Parpadeaba por culpa de la niebla que envolvía las calles, aunque sin experimentar ninguna sensación de molestia. Siempre había niebla en la parte baja de Los Ángeles. O, al menos, frecuentemente. Para ver al oculista era mejor elegir un día claro.

La empresa donde trabajaba Karen se encontraba en un alto edificio, propiedad de una firma de préstamos y ahorros. Miles de inmuebles semejantes parecían haber brotado por toda la ciudad en los últimos años. Si los tumbaran en el suelo, uno junto a otro, hubieran parecido la consecuencia lógica de un nuevo terremoto.

Karen aceptó la posibilidad del terremoto del mismo modo que aceptaba la niebla. No era cosa suya. El nombre que marcaba la puerta de aquel apartamento del piso diez era el de la «Sutherland Advertising Agency, Inc.».

Abrió y entró en la recepción saludando a Peggy, que se hallaba tras el cristal divisorio. Como pasa con las recepcionistas de su clase, Peggy había sido elegida más por lo espectacular de su figura que por lo despejado de su inteligencia. Era como una especie de palurda puesta en una vitrina.

Peggy le dedicó una superficial sonrisa de segunda clase, y apretó el botón que abría, con un zumbido, la cerradura de la puerta sin placa alguna, situada al fondo a la de-

recha. Karen giró el tirador y entró en el pasillo que se hallaba al otro lado.

Acababa de entrar en un mundo distinto. Suther Land, «la tierra del sur», según su geografía particular. El largo pasadizo que estaba recorriendo era como una ruta que la llevara a un ambiente extraño y remoto.

Detrás de una doble puerta revestida de roble se hallaba el salón del trono de quien regía la empresa: Carl Sutherland III. Lo más curioso era que no se veía en él ninguna mesa escritorio. Pero es que en el reino de los negocios, la mayor muestra de supremacía consiste en tener un despacho desprovisto de tan degradante instrumento de trabajo. Cuanto el directivo moderno necesita es una instalación de bar lo más ostentosa y amena posible, un intercomunicador y un dictáfono. Un dictador. Tal era la auténtica función de Sutherland. Claro que los directivos pasan muy escasos momentos en salones del trono y por ello el mayor de los despachos de la Sutherland Advertising Agency estaba casi siempre vacío. Karen sólo había visto a aquel hombre un par de veces, durante los cuatro años que llevaba trabajando allí, habiéndose esfumado seis meses antes, cuando sufrió un ataque al corazón, a bordo de su yate. A partir de entonces, el negocio de la agencia había aumentado casi un veinte por ciento; pero pudo tratarse de una simple coincidencia.

Karen avanzó por el recinto, pasando ante las puertas más sencillas, aunque revestidas de roble, de los despachos que seguían en importancia al del jefe. Eran cinco y estaban ocupados por los cinco administradores principales. Éstos disponían de mesas escritorios, pero como una deferencia a su alto cargo, no había encima de ellas nada en absoluto, excepto un teléfono. Los montones de papeles se acumulaban en las mesas más modestas de sus secretarías particulares. Y, lo mismo que su jefe, rara vez se veía en sus despachos a los administradores, pero sus se-

cretarias sabían dónde encontrarlos y cómo intervenir las llamadas de sus esposas.

Más allá, siguiendo el corredor, se amontonaban los dominios del director artístico, del de medios de comunicación y del de impresos. Sus recintos eran menores y estaban comunicados por una sala de reuniones de uso común. Y desde luego, se hallaban siempre ocupados. Las puertas se abrían y se cerraban sin parar, entrando y saliendo por ellas impresores, grabadores, jefes de ventas, mensajeros y personal de menor importancia que llevaba y traía escritos. A veces los reunidos, con su profusión de voces y de imprecaciones, se desbordaban por el pasillo; pero Karen estaba acostumbrada a esquivar a los grupos que le impedían el paso.

Volvió la esquina del corredor y siguió caminando por delante de una sucesión de cubículos sin puerta, alineados a ambos lados, especie de celdas cada una con su ventana y con el espacio justo para contener un archivador, dos sillas y un pequeño pupitre o tablero para cada ocupante. Una cosa muy simple, pero nadie hubiera esperado que dibujantes o redactores fuesen capaces de impresionar a nadie. Se limitaban, sencillamente, a realizar el trabajo de creación que mantenía activa a la agencia.

Al extremo del segundo pasillo, Karen llegó a su propio cubículo, dejó el bolso en un cajón, apartó el teléfono hacia un lado y se sentó para estudiar el proyecto, ya aprobado y firmado, de un anuncio en blanco y negro, a toda página, que debería aparecer en diversas revistas de modas relacionadas en una hoja adjunta, con las correspondientes fechas de publicación. Miró las notas y sugerencias y examinó el proyecto, tratando de imaginarse cómo sería una vez terminado.

En primer plano, con los brazos cruzados desafiadoramente sobre el desnudo tórax, aparecía un despectivo jo-

ven con el pelo en desorden, cayéndole sobre la frente, entornados los pesados párpados, mirando con aire de drogado. Los pantalones a rayas muy ceñidos en la entrepierna, como una velada sugerencia.

Tras él, la muchacha, toda ángulos y codos, manos en las caderas, piernas separadas. Cabellos largos, cayéndole a ambos lados de una cara de pómulos salientes, y una boca de trazo sombrío. La típica joven bruja afectada de desnutrición o actuando de estrella en una película de Andy Warhol.

Entre los dos, una bicicleta. No una motocicleta. Sólo los cerdos usan motocicletas.

Karen hizo una distinción mental entre cerdos como insulto y cerdos como animales útiles. Si hacía alguna referencia a la bicicleta debería tenerlo presente. Por otra parte, el anuncio era de pantalones, y valía más concentrarse en dicha mercancía. Empezó a formar frases y a descartarlas. El vocabulario popular del año anterior no servía ya para nada. La nueva generación era conocida como la de la «gente encantadora». Las ropas debían ser pesadas y extrañas; Karen tomó el bloc de notas y redactó un proyecto de frase: *En marcha para la acción*.

No valía la pena perder el tiempo en una descripción de aquellos pantalones. No se compran pantalones a rayas. Se compra al aspecto de los pantalones. Pero el aspecto ¿qué significaba? *Profundidad. A fondo. Echar el resto*. El diccionario de frases modernas sonaba como la descripción de las actividades en una casa de fulanas.

Mas por otra parte, ¿quién era ella para expresar un juicio? Se dijo que *aquello* era una casa de fulanas que azuzaba las apetencias de los jóvenes. Y su trabajo, el de una prostituta. Al año siguiente, las frases cambiarían, pero ella seguiría siendo una furcia. A menos de dejar ese empleo y adoptar una profesión honrada. Pero por el momento, necesitaba el dinero, y Bruce también, y lo mejor era continuar con su trabajo.

Sonó el teléfono y Karen tomó el auricular.

—¿Cariño?

Reconoció la voz y el tono del jefe de redactores.

—Sí, señor Haskane.

—Acaba de llamar Girnbach. Quieren también el texto cuando veamos el dibujo esta tarde.

—Estoy trabajando en ello. Quedará listo en veinte minutos.

—¡Espléndido! ¿Lo traerá aquí o voy a su despacho?

—Se lo llevaré en cuanto haya terminado.

—No es preciso que llame. La espero con champán frío y un colchón bien caliente.

Karen dejó que el jefe de redactores colgara sin haberle dado una respuesta. ¡Pobre Haskane! Comprendía su estado de ánimo. Un hombrecillo rollizo y calvo, atrapado en medio del conflicto generacional. Un barrigón sin estómago para afrontar determinadas cosas.

Debía resultar duro trabajar rodeado de visiones fascinantes que nunca podría hacer realidad. De anuncios de pantalones «marchosos» sin comprender las posibilidades que aquello involucraba. Sintiendo celos de los miembros de la empresa que se gastaban cantidades enormes en viajes para obtener fotografías destinadas a la publicidad en las revistas, yendo a Cannes una semana para captar la imagen de una modelo desnuda sosteniendo en alto una bombilla tan bisexual como ella misma. Haskane aportaba las palabras mientras los otros disfrutaban de los hechos. No era extraño que se mostrara tan descarado por teléfono.

Karen se preguntó qué pasaría si alguna vez le seguía la corriente en alguno de aquellos excesos verbales. Era capaz de caerse muerto mientras se dirigían hacia un motel. O a lo mejor, ¿quién sabe?, le daba una sorpresa.

Aunque lo grave sería si la sorpresa se la daba a sí misma. Después de todo, hacía ya mucho tiempo que no había recorrido la ruta del champán frío y del colchón caliente. ¿Cómo estar, pues, segura de sus propias reacciones?

¿Acaso no vivía sujeta a las mismas presiones que aquél a quien se jactaba de compadecer? Lo que hacía era vender sexo y no comprarlo; actuar de dama de honor, pero nunca de novia. Había sido novia una vez. Luego se convirtió en esposa. La señora Karen Raymond. Aunque sólo de nombre. ¿No se decía así ahora?

¡Al diablo con ellos! Y sobre todo con Ed Haskane y sus insinuaciones. Probablemente, ambos eran tal para cual. No viejos ni feos, pero sujetos a anticuadas costumbres producto de su ambiente cotidiano.

Karen movió la cabeza y no quiso pensar más en el asunto. Volviéndose hacia la máquina de escribir, puso papel y copiator y durante los siguientes veinte minutos, se concentró en la imagen de aquel muchacho displicente y medio desnudo y en su desgreñada compañera, ignorando sensatamente el impulso que la inducía a escribir al pie del anuncio: «Yo, Tarzán; tú, la mona».

La portátil eléctrica zumbaba, mientras ella murmuraba entre dientes, hasta que, finalmente, la página quedó cubierta por una prosa tensa en la que se encomiaban las inefables glorias de un par de pantalones listados con alusiones a la entrepierna, todo ello muy adecuadamente descrito.

Karen sacó el papel de un tirón, depositó una copia en el cajón del escritorio, y sujetó la otra copia y el original, con un clip, a la parte superior del boceto. Se levantó e iba ya hacia la puerta, cuando el teléfono sonó de nuevo.

Volvió al escritorio, descolgó y esperó a que le hablaran.

—¿La señora Karen Raymond?

—Yo misma.

—Un momento, por favor.

Se oyó entonces al comunicante. Ella escuchó sus palabras, diciendo «sí, sí» varias veces y «muchas gracias» sin que le fallara la voz.

Pero al colgar de nuevo, casi no acertó en el soporte, de tal modo le temblaba la mano.

Recorrer el pasillo hasta el despacho de Haskane fue como andar bajo el agua, y cuando tomó el tirador de la puerta, su mano seguía temblando.

Abrió, no obstante, y entró en el despacho de Haskane, e incluso consiguió salir airosa del insípido cambio de impresiones acerca del anuncio.

La voz de Haskane sonaba desvaída, y su cara de luna tenía un aspecto distorsionado y acuoso, como la de esos peces hinchados que nadan tras el cristal de un acuario. Karen logró entender que le gustaba su texto y que quería que lo pasara a limpio para presentárselo al cliente aquella misma tarde, a última hora. ¿Le importaría estar a mano y tomar parte en la reunión, por si se proponía algún cambio?

Karen se ahogaba, le pareció como si se hundiera en la tercera zambullida, pero logró salir a flote en el último instante, tratando de respirar desesperadamente.

Haskane la miró, preocupado.

—¿Le pasa algo?

—Si no le importa, preferiría no asistir a la reunión. Quisiera salir pronto.

—¿Dolor de cabeza?

—Sí —dijo Karen, aspirando el aire con dificultad.

—Bueno. No creo que haya problemas. Puede retirarse.

—Gracias —dijo Karen, con una mirada de agradecimiento, saliendo a continuación.

Lamentaba no haber podido decirle la verdad.

No quería ver la expresión de su rostro cuando le explicara: «Lo siento, pero tengo que irme en seguida a Topanga Canyon. Acaban de notificarme que mi marido va a salir del manicomio».